

Capítulo 22 - - La Tierra de los Caminos Rotos

- [Capítulo 22 - - La Tierra de los Caminos Rotos](#)

Capítulo 22 - - La Tierra de los Caminos Rotos

La estremecedora advertencia de Dirt hizo que Biandina se encogiera un tanto más, lo cual llenó de arrepentimiento a Dirt por haber dicho algo. Ella evitó las miradas de los niños que se aferraban a ella y afirmó: “Siento todavía ese ojo allá en el cielo, vigilándome en todo momento. Incluso en este preciso instante. Sé que está allí.”

“Eso no es,” afirmó Dirt.

- No es -, repitió Socks. -Podemos verlo y no está en el cielo.-

Dirt se sintió mal, así que se acercó y le dio una palmada en el hombro, cuidando de no ensuciarse con su ropa todavía llena de polvo. “Por consuelo, te diré que yo tampoco habría imaginado que algo así pudiera suceder, y he visto muchas cosas en la vida.”

Socks enderezó un poco sus orejas y comentó, -Me pregunto, humanos. ¿Por qué les cuentan a sus hijos sobre estas cosas, si en realidad no quieren que las repitan? Lo más sensato sería olvidarlo por completo. Nadie inventaría la idea de sacrificar un animal si nadie les hablase de ello.-

La babbu de Biandina respondió: “Porque nuestros antepasados ofrecen sacrificios a otras entidades. Al cielo y al viento, a la tierra y al agua. A nuestros ancestros. Les enseñamos a nuestros hijos que nunca deben sacrificar a ningún dios.”

“¿Por qué no?” preguntó Dirt. “¿Creen que son malos?”

“Son los Siete Destruidores,” respondió el anciano. “Aquellos que traen calamidad y sufrimiento. No pueden ser derrotados, pero no forman parte del orden verdadero, y por eso son considerados dioses.”

“¿Siete Destruidores? ¿De qué estás hablando?” preguntó Dirt.

“¿Por qué no respondes tú misma, niña?” indagó la anciana, sin dejar de mirar hacia la reserva vacía y el polvo de momia que dejara su habitante. Desde la postura de sus hombros, a Dirt le pareció que intentaba desviar la atención de allí.

Biandina tragó en señal de incomodidad y pronunció: “Los siete dioses son el vendaval que arrasa, el incendio que consume, la tormenta de nieve que entierra, el terremoto que parte, el rayo que detiene el corazón, el granizo que destruye y, finalmente, la asesina en forma de mujer que engendra la muerte.”

“Jamás debes sacrificarles, porque sólo contemplan la maldad y traen únicamente desdicha,” advirtió la anciana.

Eso es una lista, no una explicación. ¿Entonces son elementales, quizás? Como el viento?” comentó Dirt, cada vez más confundido. ¿Por qué pensarían que un dios es una tormenta en lugar de un ser lo suficientemente poderoso como para crearla? Además, los dioses no eran malvados, eran... Se detuvo. En su interior aún latían los antiguos sentimientos de piedad y devoción, pero esas sensaciones carecían de objeto y nunca se explicaban a sí mismas. Los dioses no podían ser malvados, eso era absurdo.

El anciano lo miró con cansancio, con cierto enojo reflejado en su expresión, y dijo: “Los dioses son los dioses. Tú eres demasiado joven para entender.”

“No, yo reconozco a un dios. Solo que no comparto tu idea acerca de ellos,” replicó Dirt. Si fueran malvados, no sentiría tal anhelo por ellos. Reconocía a Melodia, incluso en su condición presente, y ellos no. Eso era todo. Pero si ofrecerles sacrificios llamaba la atención de esa entidad en el cielo, entonces sus creencias estaban equivocadas, pero ciertamente no eran ingenuas.

Socks le susurró solo a él: -¿Estás seguro de que están equivocados? ¿No será que allí arriba hay un dios? Algo les ocurrió, después de todo. Tal vez los volvió dañinos. Como lo que le sucedió al Devorador.-

Dirt sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el frío que bajaba desde el agujero en la cúpula. La idea misma de que algo tan sublime y maravilloso como un dios pudiera convertirse en algo como el Ojo era demasiado horrible para contemplarla. Incluso pensarlo parecía una blasfemia.

“No hice que los dioses fueran malignos, Calcetines,” dijo Tierra, tratando de convencer más a sí mismo que a su amigo. Sus dedos temblaban sobre la tela de sus pantalones y apretaba los antebrazos para detenerse. “Eso no puede ser correcto. Solían ayudar y proteger a la humanidad, así que no podrían... bueno...”

—Solo fue un pensamiento. No te enojas, pequeño Tierra. No hay manera de que lo descubramos ahora, así que no tienes que pensar en eso si no quieres. Algún día aprenderemos la verdad y podrás creer eso en su lugar —dijo Calcetines. Le envió un soplo cálido de tranquilidad, y eso ayudó.

Tierra aclaró la garganta y dijo en voz alta: “En realidad, Calcetines y yo sabemos qué es ese ojo que vio Biandina. Lo enfrentamos una vez, pero no puedo decir que ganamos, exactamente. Creo que simplemente se rindió y se fue. El Padre de los Lobos lo llamó el Gran Enemigo de la Humanidad. Nosotros simplemente le llamamos el Ojo, aunque es mucho más que un simple ojo. Quiere deshacerse de cada humano. Erradicarnos.”

—Lo que estás diciendo no se aleja mucho de la verdad —dijo la anciana. Gnese, si Tierra recordaba cómo le había llamado Biandina. Gnese—. Es la Dama Asesina, y como todos los dioses, toma muchas formas. Algunas las mata directamente, pero con frecuencia corrompe y vigila que se haga daño.

Tierra trató de evitar fruncir el ceño y probablemente no lo consiguió. Jamás ganaría la discusión sobre Melodia. Y, siendo sincero, temía estar equivocado y que fuera ella. Lo que ella había llegado a ser.

Calcetines dijo: —¿Quieres que quite la estatua? Puedo llevármela y romperla, y así nadie podría hacerle ofrendas —.

Gnese, la anciana, respondió, tragando sin éxito la aspereza en su lengua: —No podemos deshacernos de ella. Lo hemos intentado.

El anciano dijo: —Nuestra tribu ha estado aquí durante miles de años. Podría contarte los nombres de cien generaciones de mis antepasados, la mayoría de los cuales vivieron justo aquí, entre estas paredes. Todos ellos han deseado liberarse del peso de su presencia. Si hubiera alguna forma de deshacerse de la Dama Asesina, ya la habríamos encontrado.

—Entonces —dijo Tierra, haciendo una pausa para reformular su pregunta y no parecer un tonto—, ¿qué pasa cuando alguien intenta romperla y llevarse los pedazos?

Gnese respondió: —Ella regresa a su lugar durante la noche, en el primer momento en que nadie la vigila, perfectamente entera y reformada, sin rastro de grietas en la piedra. Lo hemos probado todo.

—¿En serio? —si rompen toda la estatua y se llevan los pedazos, ¿solo reaparece cuando nadie la mira? Y supongo que intentaron que alguien la viera, y solo funcionó por un tiempo —.

—Eso es correcto —dijo Gnese—. Tenemos una vieja historia sobre una familia encargada de vigilar la base noche y día. La lograron durante un año.

—Entonces, ¿por qué no excavan un nuevo escondite en otro lugar? —preguntó Calcetines.

—Incluso con ella aquí, no hay lugar más seguro que dentro de estas paredes —dijo el anciano.

—Oh —dijo Tierra. Por lo que había visto del resto del mundo, podía creer que fuera así. Si nada más, la redarla evitaría que los pájaros se llevaran a las personas.

—Tengo una pregunta y luego me moveré para que otros puedan usar la puerta —preguntó Calcetines, girando ligeramente la cabeza para enfocar su mirada fiera y amarilla en ella.

La habitación quedó en silencio y Dirt se preguntó si era porque todos sabían y sentían vergüenza, o porque en realidad no sabían. El silencio duró tanto que Dirt empezó a mirar las mentes cercanas al azar y, para su sorpresa, casi nadie sabía. Contuvo la respiración, esperando junto con los demás.

—Dirt quiere ayudar a los humanos, así que deberías decirnos—, persuadió Socks.

Biandina dudó en responder. “Yo...” Miró a su padre.

—Realmente no deberíamos decirlo, gran uno—, dijo el babbu.

—Contesta o te lo arrancaré de la mente—, advirtió Socks con tono severo.

—¿Puede hacer eso?—susurró Biandina, más dirigida a Dirt.

—Sí, fácilmente—. De hecho...—Ya lo sabes, ¿verdad?—, dijo Dirt solo para Socks.

—Sí. Te parecerá interesante—, respondió el cachorro, con un leve movimiento en sus orejas. Dirt estaba seguro de que, al otro lado de la puerta, Socks movía la cola con entusiasmo.

Obviamente, el babbu estaba lo suficientemente cerca para escuchar la respuesta de Dirt, y tragó seco antes de responder con hesitación en su voz: —Una rucca se llevó a su hermano hace dos semanas, justo cuando empezaron las tormentas. Todos nuestros esfuerzos estaban enfocados en refugiarse en las murallas para el invierno y no podíamos enviar más que unos pocos. Le dije que no podíamos mandar a los jinetes a buscarlo, y ella no me perdonó. Ella se sacrificó ante la Dama por venganza. Por poder para matar a las rucche.

—¿Qué es una rucca?—preguntó Dirt.

—Las grandes aves de las que la rescataste—, dijo el babbu, como si confesara un crimen.

Los ojos de Dirt se abrieron al comprender por qué no querían decirlo. ¡El sacrificio había funcionado! De la nada, Socks y Dirt habían llegado, no solo para rescatar a Biandina, sino para matar al pájaro que se la había llevado y a todos los que compartían su nido. Es posible que entre los otros que vieron estuvieran los huesos de su hermano.

Ahora, Dirt tenía un millón de preguntas, ninguna de las cuales probablemente sería respondida. ¿Qué tipo de peticiones concedía la 'Dama Asesina', y con qué frecuencia? ¿Existía algún patrón? ¿Siempre atraía la atención del Ojo? ¿Qué daños específicos podían resultar de un sacrificio? ¿Siempre ocurría algo malo al solicitante? ¿O estaba prohibido en secreto porque las cosas malas sucedían a otros, a petición del solicitante? Dirt no sabía qué pensar al respecto, y Socks tampoco opinó.

La misma conclusión —que el sacrificio de Biandina había funcionado— se extendió por toda la multitud. Dirt podía observar sus rostros y ver cómo cada uno descubría la verdad. Nadie habló, ni siquiera los pequeños. Miró la estatua, herida y sufriente, de pie en silencio sobre todos ellos. Melodia... ¿Todavía podía estar allí? ¿Débil, pero consciente aún? Y si lo estaba, ¿su sufrimiento era genuino?

—Todo lo que nos queda ahora es la catástrofe que ella convocó. Debe irse antes de que la encuentre—, dijo el anciano. Parecía pálido en ese momento; frágil, después de tantas amenazas que vinieron y se fueron en apenas unas horas.

Dirt esperaba que todos comenzaran a hablar a la vez, pero no sucedió. Nadie dijo nada, y cuando Dirt miró en la mente de Socks, el cachorro olfateó los dos aromas: uno de asombro y otro de horror.

Con nada más que discutir, Socks finalmente apartó la cabeza de la puerta, y una multitud nueva intentó abrirse paso. Algunos miraban alrededor con curiosidad, pero uno de ellos era la madre de Biandina, quien debe haber estado afuera cuando Socks metió la cabeza. Ella atravesó a la multitud como una piedra hasta llegar a su camada. La bebé en un brazo limitaba sus movimientos, pero con el otro trató de ahuyentar a los demás para proteger a su hermana. Se negaron a obedecer, y ella lanzó una mirada severa a su pareja, que permanecía allí sin ayudar.

Con la multitud nueva llegaron cien preguntas, no todas en silencio. El anciano y la anciana miraron a su alrededor, aunque sin mucha convicción; demasiadas personas habían visto su temor e impotencia durante la pelea anterior. El rumor se extendió como agua de una presa rota y la habitación pronto se llenó de palabras y bullicio.

—¿Cuánto tiempo planean quedarse? —preguntó el anciano, levantando la voz por encima del ruido de la multitud. Su tono transmitía que esperaba que no fuera mucho tiempo.

—Probablemente deberíamos quedarnos unos días, así Socks y yo podemos acabar con cualquier peligro que aparezca —dijo Dirt, fingiendo no captar su intención—. Ah, quizá deberías quemar ese cadáver en lugar de enterrarlo. Puedes imaginar por qué.

—No es fácil conseguir tanta madera —comentó el anciano.

—Entonces, sáquelo y Socks podrá quemarlo después.

—No nos pidas madera. Tenemos que reservarla para las noches más frías.

—Socks puede hacer fuego con magia. No necesitaremos madera —replicó Dirt.

—Entonces quema tu ropa. La sangre de los corruptos puede causar enfermedades, incluso si las lavas —advirtió el anciano.

—Pero no tengo otra cosa para ponerme —dijo Dirt.

—Entonces, ¡anda desnudo! No es asunto mío. Solo te advierto. Haz lo que desees —dijo el anciano, casi logrando no alzar la voz. Y con eso, se integró en la multitud que presionaba para salir por la puerta.

Dirt se desprendió de su camisa, se quitó las botas de cuero y luego sus pantalones. Los arrojó sobre el cuerpo muerto y observó sus zapatos. Estaban sin sangre, así que volvió a colocárselos. Sus acciones sorprendieron algunas miradas sorprendidas, pero él no les prestó atención. Probablemente seguirían mirando sin importar qué hiciera, y era demasiado tarde para preocuparse por encajar y actuar como una persona cualquiera. Con suerte, conseguiría de alguna forma ropa de los otros. Aquellas pieles parecían bastante cálidas. Incluso la ropa de lana gruesa que llevaban dentro era más cálida que lo que él había tenido.

Invocó unas brasas para que flotaran cerca y lo mantuvieran caliente, y luego regresó con la familia de Biandina. Los niños mayores, el chico y la chica de su edad, le regalaron sonrisas de costado que parecían algo avergonzadas, el chico inclinando su lanza. Los niños más pequeños

fruncieron el ceño con preocupación. Dirt se conectó con la mente de Eudossia, una de las hermanas, que había entrado sigilosamente para buscar a su hermana, y ella estaba principalmente preocupada de que Dirt tuviera frío. Se acercó un poco más a ella y levantó una mano, haciendo que una brasa flotara sobre ella. Se la mostró y le permitió sentir el calor en su rostro, y los otros siete niños se acercaron para inspeccionarla por sí mismos.

—Mientras no haga viento ni esté mojado, no me entraré frío. Aunque tal vez debería lavar toda esta sangre —dijo Dirt, notando cuánto había impregnado su piel—. ¿Alguien sabe dónde puedo conseguir un trapo?

La madre y el padre dejaron su discusión en susurros enfadados y lo miraron. Él estaba tan natural entre sus hijos que no supieron qué decir.

—Y algo de agua. Pero ya sé dónde puedo encontrarla —añadió Dirt.

El babbu dejó escapar un suspiro resignado y se acarició la barba, adoptando una postura de relajación y dejando de lado su cautela. Dijo, —¿Eres uno de los nuestros, ahora?

La tierra sonrió con orgullo. “No, no hasta que puedas vencer a Socks.”

“¿Cuál es tu plan, entonces?”

“Bueno, primero, necesito bañarme. Pero después, me gustaría visitar tu casa y aprender todos tus nombres, si me lo permites,” dijo la tierra.

La madre no aflojó ni un ápice. Su rostro seguía duro como la piedra. “No tenemos espacio,” afirmó con firmeza.

“Claro, Socks se quedará afuera, obviamente, pero no le importará. Puede atravesar paredes. Cuando se aburra, te dejaré solo y me dedicaré a otra cosa por un rato,” explicó la tierra.

“La niña no es bienvenida de nuevo,” declaró la madre con tono definitivo. “No nos hagas jugar con nuestras vidas.”

“¿Por qué crees que estoy jugando contigo?”

“Te pareces a tu loba. Encuentras una curiosidad, la olfateas, la tocas, quizás hurgas un pequeño agujero, y luego sigues sin preocuparte por el desorden que has causado,” comentó ella. “Vivimos aquí. Mi hija ya no está. Falleció el día que rezó a la Dama Asesina. ¿Crees que sólo dejando su cuerpo en nuestros brazos todo estará bien? Vete por ahí, pequeño,” añadió.

“Pero ella está viva. La tienes justo allí, con el rostro pálido como cenizas y un corazón tan lleno de culpa que casi puede morir de nada. Mirala,” indicó la tierra, señalando.

La madre lo miró sin pestañear y no apartó la vista.

Él insistió más, y la mujer sólo le devolvió la mirada con mayor intensidad, abriendo los ojos con fuerza. La tierra, que en otra ocasión habría enfrentado la mirada de la Madre de los Lobos, no se intimidó.

Se observaron mutuamente, prolongando esa mirada más allá del límite de la incomodidad de los otros. La tierra admitió que poseía una impresionante fuerza de voluntad, pero él era Avitus.

Finalmente, ella desvió la vista primero, incluso echando una mirada involuntaria a su hija. Dijo: “No sabes lo que haces. Pero está bien. Ven a visitar. Ella puede venir también. Aún conservamos sus cosas y quizás las necesite.”

La tierra asintió y expresó: “Gracias. Y no te angusties demasiado. Sé lo que hago; tú no, pero quizás cuando lo descubras, te sentirás mejor con ello.”

—Sal de ahí ya — dijo Socks, inclinándose para mirar por la puerta con un ojo — Encontré un trapo y apestas.

La tierra sonrió a la mujer, cuyo rostro seguía sin suavizarse. Dijo: “Supongo que será mejor que me vaya.”

—¿Porque es aterrador y tienes que obedecerle?—

—No, tonto, porque es mi mejor amigo.